

ECONOMIA Y MORAL

(A propósito de un Artículo de Alvaro D'Ors).

Jesús Ginés Ortega

Magister en Teología
Universidad Gabriela Mistral

Desde la caída vertiginosa y su dispersión en pedazos de los sistemas socialistas en el mundo, el tema de la economía ha subido al primer plano, sustituyendo al de la política, al mismo tiempo que el tema de las ideologías ha sido sustituido por el de la ética. Este hecho ha liberado, sin duda, a muchas mentes y plumas que hasta ayer discurrieron por el campo de las utopías de signo contrario; las izquierdas y las derechas. El binomio Hegel-Marx puede momentáneamente descansar en paz, aunque esto no signifique su posible resurrección. Una meteméncosis racional podría producirse en cualquier momento.

Si hasta ayer todo podía resolverse en «lecturas socialistas o conservadoras», hoy día el señalado tropiezo, caída y desmenuzamiento de los sistemas, ha hecho variar sustancialmente a los pensadores.

I. EL TRABAJO DE D'ORS.

La Revista Chilena de Derecho de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica de Chile (volumen 17, 1990), acaba de publicar un artículo de Alvaro D'Ors, jurista español, quien parece situarse en esta nueva perspectiva, bajo el sobrio título de «Premisas morales...»

Aunque no conozco personalmente a su autor, creo haber descubierto a través de su escrito, un temperamento típicamente celtibérico que es capaz de arremeter contra corriente, utilizando un lenguaje directo, clarísimo, que no necesita explicaciones marginales.

Reproduzco, por su interés, las principales afirmaciones de Alvaro D'Ors:

- * «Como régimen económico, el capitalismo resulta hoy moralmente peor que el comunismo».
- * «Puede hablarse de un comunismo cristiano, pero no de consumismo cristiano».

- * «La filosofía de los valores es una consecuencia del predominio de la economía. Los valores son económicos; por analogía se habla de valores morales y hasta economía de la salvación».
- * Aristóteles opone economía (de la casa) a política (de la ciudad). Por lo que economía se vincula a matrimonio y familia. Lo que hoy llamamos economía es la «crematística».
- * La economía no debe ser la ciencia de la riqueza, sino de la pobreza (la administración de los bienes de la casa para su correcta distribución y ordenamiento).
- * Hay que distinguir entre «servir» (praxis) y «producir» (poiesis). El derecho romano hace ver que el esclavo está para servir y no para producir.
- * Una empresa humana es primeramente un servicio, no una producción. Las personas son las que configuran la empresa, no las cosas producidas. Las personas no pueden tener dueños, pues serían esclavas.
- * «Hay que trasladar el estudio de la empresa desde el «derecho mercantil» al «derecho laboral».
- * «El socio capitalista no debe ser considerado como dueño, sino como prestamista, al que se le devuelve el capital con algún interés. El socio natural de la empresa es el que trabaja en ella.
- * El obrero que sólo se preocupa de su salario no puede ser considerado como socio, ya que no se arriesga en los avatares de la misma.

Paradoja: «Los trabajadores que deberían ser socios, no quieren serlo, en cambio quieren serlo los que no quieren trabajar, sino poner el dinero. El dinero no es propiedad, sólo crédito».

- * La desocupación es una inmoralidad objetiva. «Tecnológicamente: no puede haber un hombre sin posibilidad de trabajo. Programar una economía con la desocupación es como programar una urbanización prescindiendo de la natalidad».
- * «La producción debe ser contenida». El exceso de autos daña la ciudad. No hay carreteras. Producen contaminación. «La producción al servicio del capitalismo no tiene límites».
- * Un cierto dirigismo es imprescindible, aunque hoy suene muy mal esto. «En la vida social el interés común prevalece sobre el interés particular».
- * El mercado libre es un bien, pero el consumismo es un mal. La responsable del consumismo es la publicidad.

En síntesis, el autor se enfrenta al capitalismo que las sociedades modernas

han visto triunfar sin contrapeso ante un socialismo sin ideas, sin proyectos y sin realizaciones. El autor comienza su análisis con una tesis que trata de probar en su posterior exposición. Dice Alvaro D'Ors que «como régimen económico, el capitalismo resulta hoy moralmente peor que el consumismo».

II. RANKING DE INMORALIDAD

A primera vista, afirmar que el capitalismo es moralmente peor que el comunismo, resulta desconcertante y, por cierto, nada grato a muchos y buenos economistas que se sienten halagados por el éxito notable que la llamada «economía de mercado», ha tenido en todo el planeta. Las excepciones aún vigentes de Cuba y China no hacen sino confirmar aún más el éxito señalado.

No es raro escuchar de los economistas del mercado, que es la nueva manera de entender el capitalismo, acerca de la moralidad consustancial al modelo económico en cuestión (véase por ejemplo, Novak). Es esta la mejor manera de obtener y repartir recursos, de crear fuentes de trabajo, de proporcionar bienestar a la población y de impulsar un desarrollo indefinido de la libertad humana. Frente a la esclavitud que desciende del Estado todopoderoso, la economía de mercado, matizada con el adjetivo «social», se presenta como la gran promotora de la dignidad humana basada en su libertad creadora, y transformadora del universo.

Para Alvaro D'Ors nada de esto sería verdadero, puesto que, a su juicio, el capitalismo es peor que el comunismo desde el punto de vista de la moral económica.

Desde luego que una afirmación como esta requiere de una precisión de cada uno de los conceptos que se utilizan en la comparación. Si por capitalismo entendemos el sistema ciego de hacer dinero a cualquier precio, y por comunismo el de repartir los bienes a cualquier costo, indudablemente que la balanza ética se inclina fácilmente hacia este último. El carácter brutal, competitivo, inhumano, valorizante exclusivo del dinero que se atribuye a aquel capitalismo, es indudablemente peor que el del comunismo bondadoso e idílico que reparte todo, incluso lo posiblemente robado a otros con el ánimo de que ningún ser humano se vea privado de lo necesario. Aquí estarían en competencia dos valores de distinta jerarquía: el individual excluyente frente al colectivo incluyente. En este escenario, aunque deficiente e inmoral también, gana el comunismo y pierde el capitalismo.

Si por comunismo, en cambio entendemos, no una utopía ideológica, sino una praxis coactiva de todas las libertades, incluida la de expresarse, reunirse, organizarse y autodeterminarse, y por capitalismo también entendemos lo que en su realización presenta hoy en la mayoría de las sociedades occidentales, ciertamente que la balanza de la inmoralidad se inclina más bien hacia el comunismo o socialismo real, como se le ha llamado acertadamente.

En todo caso, Alvaro D'Ors está en su derecho de no explicitar enteramente su

afirmación en la tesis, si en su desarrollo posterior irá explicando algunas premisas y aclarando algunos conceptos. Mi impresión es que no todos quedan lo suficientemente explicitados, como para sostener con tal drasticidad la afirmación en referencia. Tal vez, y es este un legítimo recurso de la dialéctica oratoria, el acentuar un aspecto muy fuertemente por sobre el contrario, busca conseguir en el lector o auditor un resultado en camino al equilibrio, que es el objetivo final del discurso humano.

Temperamentalmente me agrada este modo de fijar conductas deseables, cuando el peligro de confusión es inminente. No me cabe la menor duda que el llamado de atención del jurista español consigue de este modo su objetivo, sin llegar a justificar un mal medio por una buena causa.

III. CAPITAL Y PERSONA

Continuando la lectura del artículo, que reconozco apasionante, me encuentro con otra arremetida que deja al lector, una vez más, desconcertado. Y es ella la referida al valor del capital de ahorro que unos ponen al servicio de la empresa que ejecutan otros, haciendo ver que el que pone capital solamente debe sentirse arrendatario o prestatario, pero en ningún caso, dueño de la empresa.

Esta distinción pareciera desconocer el carácter de la propiedad de objetos que es connatural a todo ser humano, el que los adquiere honestamente para bien propio o de su familia, como resultante de un capital ahorrado, fruto natural de su propio trabajo o recibido en donación por sus antepasados o amigos.

Si bien es cierto que una empresa es, ante todo una asociación de personas para trabajar juntos, también en la entidad empresarial cabe reconocer un «objeto» distinto de las personas y por tanto, posible de ser adquirido o transado como mercadería. Los locales, las máquinas y las materias primas pertenecen o pueden pertenecer a terceros que no son los propios trabajadores y administradores. Estos bienes, al ser propiedad de personas concretas, de alguna manera las representan y, por tanto, podrían ser consideradas como presencias objetivadas de otros participantes en la empresa. Es decir, que las máquinas que el socio capitalista presta es un modo vicario de presencia en la misma y como tal, igualmente activo en ella misma. En el caso de prestación de dinero no hay razón para juzgarlo de otra manera. El capital que se presta es también una virtual participación personal que merece ser considerada como un acto de confianza con los trabajadores de la Empresa.

En esta perspectiva no hay contradicción entre el capital y el trabajo, ya que ambos son pertenencia de personas definidas que en distinto grado y riesgo colaboran para el éxito de la Empresa.

IV. POLARIDAD CREADORA

Una consideración que el artículo en referencia suscita es, sin duda, la

deseada armonía entre el bien común y el individuo, que en buenas cuentas no es otra cosa que la proyección a nivel de sociedad de la eterna relación cuerpo-espíritu.

Es, precisamente, la ley de la complejidad humana o como la llamara el P. José Kentenich la «polaridad creadora», lo que hace posible una comprensión de la naturaleza histórica del ser humano.

En la empresa económica, que es lo mismo que la empresa doméstica, siendo la persona siempre el valor más alto, no se puede obviar la presencia de componentes materiales que son, al mismo tiempo resultado de trabajos anteriores cristalizados en «cosas». Cada moneda o cada artefacto-creaturas elaboradas por la mano de hombres- de alguna manera lo representan. Son los objetos culturales que hacen posible el desarrollo actual y posterior de nuevas iniciativas creadoras.

Una vez superada la etapa de las utopías dualistas tanto metafísicas como éticas, a que hacíamos referencia al principio, es hora que proyectemos visiones y sobre todo conductas que conduzcan a visiones cada vez más armónicas, superadoras de conflictos.

V. CONCLUSIONES

Me parece que la afirmación de partida sobre la preeminencia ética del comunismo por sobre el capitalismo, resulta un tanto ambigua por falta de precisión en los términos. Es preciso aclarar de qué tipo de capitalismo y de qué tipo de comunismo se habla. Una vez hecha esa precisión, se puede afirmar que un capitalismo descarnado es moralmente inferior a un comunismo utópico. O, también, se puede razonablemente aseverar que un comunismo totalitario es mucho más inmoral que un capitalismo controlado por un Estado providente y justiciero.

En segundo término cabe concluir que el dinero no es un ente abstracto que pueda ser ponderado en la empresa como totalmente ajeno a las personas que lo prestan para su uso por parte de trabajadores, técnicos y administrativos. El dinero ahorrado o heredado representa el trabajo de personas que, de alguna manera, se asocian con él. Es prudente, cuanto menos, pensar que el que presta se hace solidario, exponiéndose al riesgo de ganar o de perder, al igual que aquellos que ponen su inteligencia o sus manos -o ambas cosas a la vez- al servicio de una tarea compleja como es la empresa. Creo que la radical oposición entre capital y trabajo no es válida desde un punto de vista moral. Hombres que tienen dinero y hombres que tienen ideas y tecnologías se unen para producir bienes y servicios que redundan en beneficio proporcionado a la tarea y al riesgo que unos y otros ponen en la empresa. Este razonamiento es igualmente válido en el caso del accionista de sociedades anónimas, ya que su prestación es igualmente colaboradora para el éxito de la gestión empresarial.

Finalmente, y esto podría ser también el posible origen óptico de toda la

discusión, no podemos separar al hombre de sus obras, ni a sus manos del pensamiento. El cuerpo y el espíritu, aunque nos refiramos paradójicamente al «cuerpo del trabajador» y al «espíritu del dinero», no debieran ser nunca separados, salvo para un análisis teórico. Correríamos el peligro de dejar sin vida al cuerpo o a la materia transformada por el hombre sin espíritu. La empresa no es otra cosa que un encuentro de hombres, que con presencia física o instrumental se unen para obtener un mutuo beneficio, que a su vez resulta en beneficio de la sociedad.